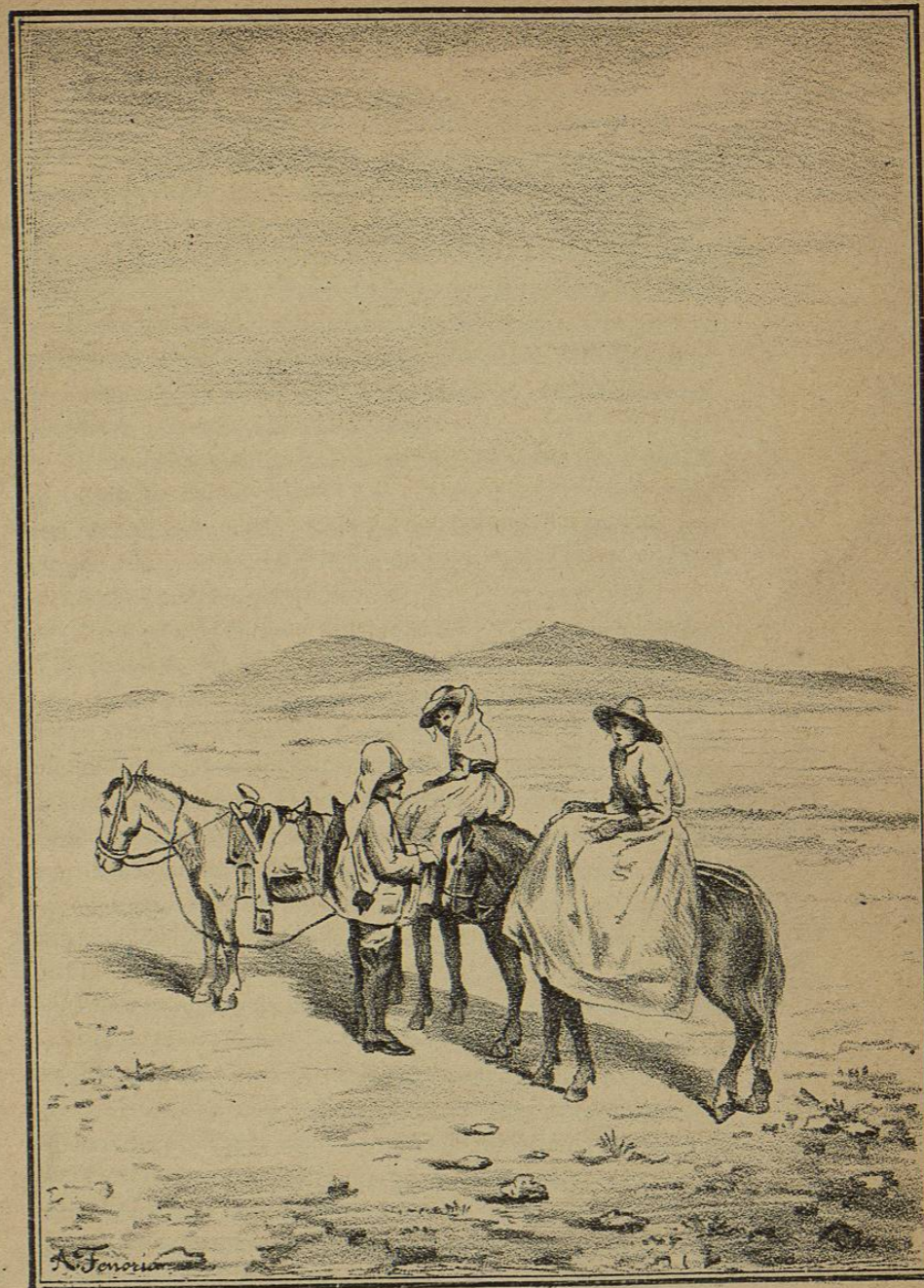


## De San Gabriel á Cacahuamilpa.

A caballo, 35 km., seis horas de camino.

Risueños y contentos salimos todos de San Gabriel, formando pequeños grupos en los que dominaban distintas formas en la conversación; cuando queríamos oír risa y plática agradable no hacíamos más que acercarnos al grupo donde el Dr. Govantes con su jovialidad característica entretenía á las señoritas. Si queríamos plática entusiasta y admiración de la naturaleza, no hacíamos más que acercarnos al Sr. García, cuyo corazón en aquellos momentos estaba inundado de felicidad; y por último, cuando nos acercábamos al Dr. Altamirano, siempre encontrábamos motivo para instruirnos en la serie de reflexiones que á cada paso venía haciendo en vista de lo que se encontraba en el camino. La mayor parte habíamos cambiado de traje, poniéndonos blusas ó sacos blancos: el Dr. Altamirano se había armado de su herramienta de colector y formaba una figura singular con su gran paño de sol, sus botas hasta las rodillas y rodeado de todos los útiles de caza y colección de plantas, más su aneroide que nunca se desprende de él. El camino en un principio se nos presentó ligeramente accidentado por extensas lomas y collados, todos de formación caliza, donde apenas crecen pequeños árboles de escaso follaje; el campo de las pozas es el primer tramo que recorrimos, rodeado de montes calizos y surcado por barrancas de poca importancia. No obstante, tanto los botánicos como los cazadores comenzaron á hacer colecta. El Sr. Herrera, el Sr. Giovenzzana y Rafaelito, digno hijo del Dr. Altamirano por su afición al campo, fueron los que la emprendieron con escopeta en mano á uno y otro lado del camino en busca de aves, cogiendo en poco tiempo numerosos é importantes ejemplares, entre los que llamó más nuestra atención un *quelete* de cabeza blanca que lo cogieron casi vivo.



EPISODIO DE VIAJE  
por los llanos de Michapan frente á los Cerros de la Guajolera.



El Dr. Altamirano por su parte comenzó á reunir gran número de ejemplares de plantas, entre los que figuraban algunos que son de importancia, según los datos que nos daba el mismo doctor: el cacahuananchi (*Licania arborea*), árbol grande de denso follaje y que se encuentra diseminado á las orillas de los barrancos ó entre las lomas. El fruto de esta planta, nos decía el doctor, mostrándonos sus lustrosas hojas parecidas á las del encino, producen en gran cantidad un aceite que fácilmente se saponifica, da un jabón duro y con mejores rendimientos que los que se obtienen con otras grasas.

Otras de las plantas que vimos con profusión fué el cuaxiote (*Desmodium perniciosum*) y el cuatecomate (*Croton laticarpus*), que forman en aquellos lomeríos verdaderos bosques, al grado que á la primera debe su nombre uno de los cerros vecinos que le llaman *la cuagiotera*.

Vimos tantos de estos árboles, sobre todo, cuando entramos á los llanos de Michapan, que no pudimos menos de preguntarle al doctor algo sobre sus propiedades y aplicaciones, y así pudimos saber que al cuaxiote también le llaman *árbol sarnoso*, pues de sus tallos se levanta una corteza muy delgada, dejando á descubierto la madera, su jugo es cáustico, sobre todo en la especie roja, pues hay otra blanca que no tiene esa propiedad, y tienen además ambas especies una goma resina con la que se forma un buen pegamento para el cristal y la porcelana, así como para curar los piquetes de alacrán, según la creencia de los indígenas.

Durante estas pláticas y casi sin sentir pasamos el campo de las Pozas, para después de haber atravesado una ó dos barrancas, llegar á los llanos de Michapan: extensa planicie, rodeada de montañas lejanas y toda cubierta de unos árboles llamados cuatecomates. Triste se presentaba al principio el aspecto de estos llanos; pero á medida que se penetra en ellos, van haciéndose más y más abundantes los árboles que forman bosquecillos donde se sombrean numerosos toros, vacas y caballos que forman los ganados pertenecientes á las rancherías contiguas.



Gozábamos en aquellos momentos de una temperatura agradable, y habiéndose adelantado nuestros compañeros, nos quedamos atrás un grupo formado por el Dr. Altamirano, las señoritas y nosotros; no teniendo que apresurar el paso, íbamos poco á poco en agradable contemplación de lo que nos rodeaba y en instructiva plática. Contemplábamos á lo lejos el cordón de montañas que limitaban nuestro horizonte por el Poniente; todas ellas elevadas y presentando sus picos y puertos en agradable confusión y entre las cuales se destacaba un peñón enorme de límites acantilados y que según las noticias de los del lugar era el *Peñón de Cacahuamilpa*; después nos pudimos cerciorar que no tenían razón en darle aquel nombre. El nevado de Toluca lo teníamos á la vista y por el Oriente el Popocatepetl, casi perdido entre la bruma que ocultaba lo más lejano del horizonte.

A medida que nos internábamos en los llanos que veníamos recorriendo crecía la agrupación de los árboles y aumentaba también el ganado, causándonos alguna risa el ver cómo se asustaban las señoritas cuando pasaban junto á algún toro, que sombreándose y azorado quizá por nuestra presencia, nos dirigía miradas poco tranquilizadoras, mientras con su cola azotaba sus hijares; no bien dejábamos aquel animal cuando encontrábamos otro que nos ponía de nuevo en sobresalto; pero sustos infundados pues parecen ser mansos todos aquellos animales; de suerte que una vez que las señoritas se hubieron familiarizado con su presencia, comenzaron á preocuparse de otras cosas, y lo que más llamaba su atención eran los frutos de los cuatecomates (*crecencia lata*). Este árbol se encuentra casi cubriendo todos los llanos de Michapan, su altura es corta pues alcanza un desarrollo de seis á ocho metros, y en la época en que visitábamos aquel lugar estaban cargados de frutos, especie de calabaza pequeña de unos veinte centímetros, cuya pulpa la aprovechan por aquellos lugares para fabricar pastillas y otras formas de pectorales, así como la parte exterior la utilizan para formar con ella jicaritas y pequeños bules. Mucho nos llamó la atención encontrar algunos de estos árboles muy pequeños que sólo se

levantaban de uno á dos metros del suelo y con sus tallos enrollados sobre sí mismos; según nos dijo el doctor esa variación era debida á que el ganado se comía las hojas y ramas tiernas cuando comenzaban á nacer, sin dejarlas crecer hacia arriba por aquel procedimiento de poda, que si no seca á la planta seguramente es por las condiciones apropiadas para su vida que encuentra en aquel lugar. Muchos de estos frutos cortamos para las señoritas, que los guardaban con agrado para tener recuerdos del viaje. Muy cerca de medio día comenzamos á sentir deseos de tomar algo, pues el aire puro que respirábamos, el ambiente fresco que nos envolvía y el ejercicio, no pudo menos que despertar en nosotros agradable apetito que afortunadamente pudimos satisfacer casi tan bien como si lo hubiéramos podido hacer en casa de Peter Gay por la forma; pero muchísimo mejor y más agradable por la oportunidad y la compañía con quien lo tomábamos, pues habíamos tenido la precaución al salir de San Gabriel de meter en las cantinas de nuestra montura una mortadela, un pan negro y una botella de coñac; de suerte que cuando se manifestó en nosotros el apetito, hicimos una corta parada bajo uno de los más frondosos cuatecomates, y en momentos confeccionamos unos sandwichs que acompañamos con un trago de coñac.

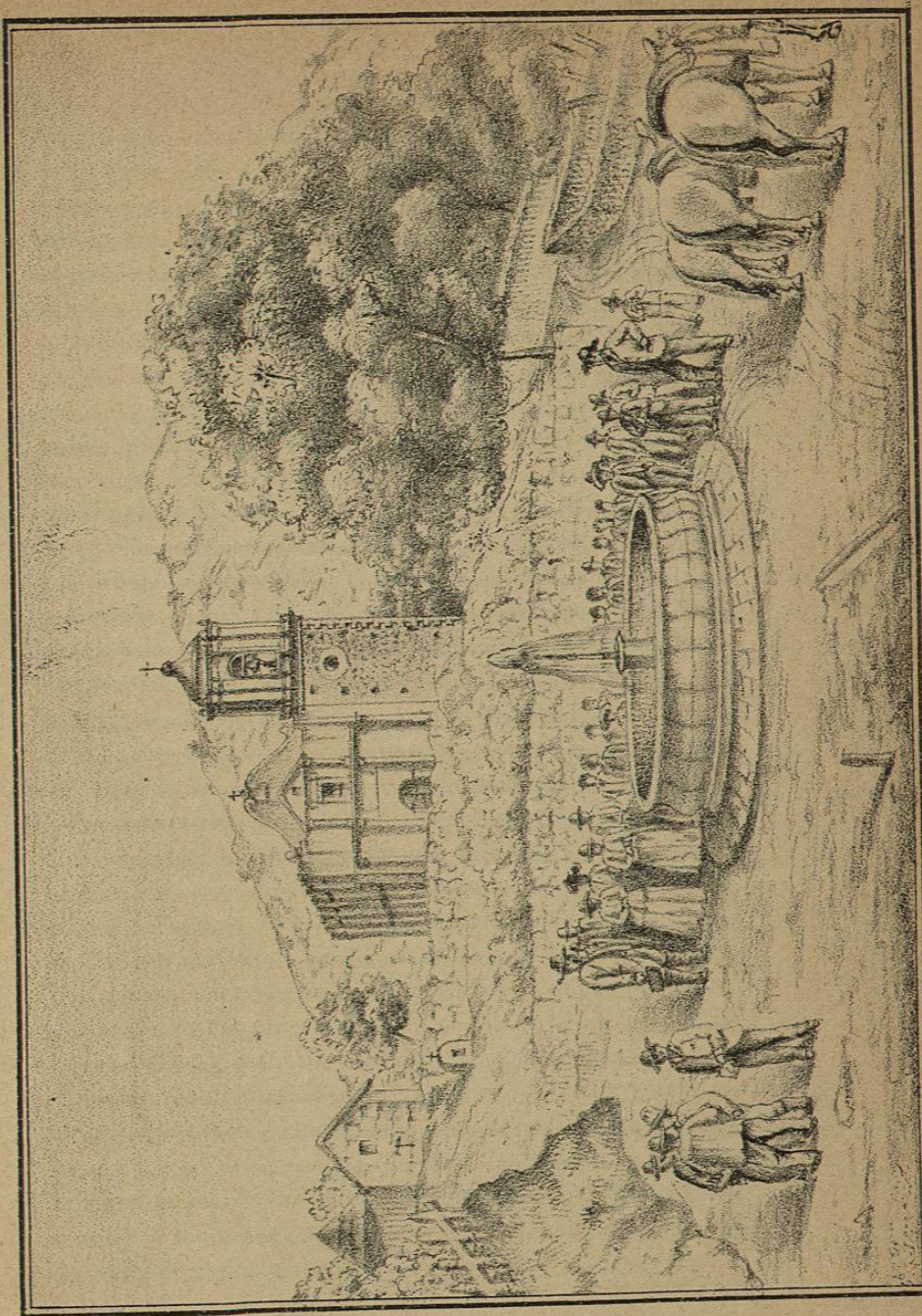
Muy complacidas y satisfechas quedaron las señoritas, y mucho más nosotros que además de haber saboreado nuestro sandwich recibíamos elogios por su condimentación.

Después de aquella parada seguimos nuestro camino y á las doce y media próximamente pasamos frente al rancho de Michapan, es decir, tres horas después de haber estado recorriendo las llanuras que llevan su nombre. El tal rancho sólo consiste en una casa destruída y unos cuantos jacales alrededor de un gran charco que en una depresión del terreno se ha formado y donde llegan algunas gallinas del agua que generalmente sirven de alimento á los indígenas de aquel lugar. No nos detuvimos nada en este punto, pues lo dejamos á un lado y proseguimos nuestra marcha á fin de alcanzar al resto de la comi-



tiva que ya se nos había adelantado bastante. Casi nada fué lo que tuvimos que apresurarnos, pues á poco comenzó á descender el terreno hasta llegar á una barranca donde nos esperaban la mayor parte de los compañeros. La barranca lleva el nombre de Santa Teresa y sirve de límite natural entre los Estados de Morelos y Guerrero; corre por su cauce un pequeño arroyo y á la izquierda del camino hay un manantial de agua cristalina y pura que nace entre rocas calizas. En esta parte pudimos observar algunas impresiones fósiles sobre las rocas, pertenecientes según el Sr. Villada al género *nerinea*, por lo que comprendimos que nos hallábamos en pleno terreno cretáceo; además, en el lecho del arroyo vimos dispersos guijarros de mármoles que pueden considerarse semejantes al alabastro y otros de colores oscuros y veteados; todas estas observaciones las hacíamos cuando los compañeros tomaban agua ó coñac en los jacales de allí junto y mientras los mozos daban agua á las bestias, concluido lo cual volvimos á montar y nos pusimos en marcha ya sobre terrenos del Estado de Guerrero.

Desde este punto cambia por completo el aspecto del camino, pues ya no va por llanuras sino atravesando las laderas y puentes del núcleo montañoso que forma el distrito de Tasco. Por fin á las dos de la tarde, después de haber subido una cuesta algo penosa, entramos al pueblo de Cacahuamilpa; al principio sólo encontramos pequeños jacales perdidos entre los matorrales, pero poco después llegamos á una pequeña placita formada por una iglesia y dos casas de teja que son las mejores de la población. Luego que los vecinos notaron nuestra llegada salieron á recibirnos y entre otros el dueño de aquellas casas que era adonde íbamos á pedir hospitalidad. Pronto supimos que la persona que nos hablaba era D. Crescencio Rosas, coronel y encargado por el Gobierno del Estado para vigilar la gruta; acto continuo nos bajamos de los caballos y comenzamos á hacernos cargo del lugar, mientras otros compañeros tomaban algunas fotografías, entre otros el Sr. García, que con el entusiasmo que le caracteriza, armó inmediatamente su cámara y obligán-



PUEBLO DE CACAHUAMILPA  
Bautismo de la fuente "María Josefina".



donos á ponernos de pie, sacó un grupo en el que no sólo figurábamos los excursionistas, sino también D. Crescencio, sus hermanos y otros muchos del pueblo. Entró después el Dr. Altamirano en arreglos con dicho señor respecto á nuestro alojamiento, comidas, personas que nos guiaran y lo demás que necesitábamos para entrar á la gruta. Como no le pusimos dificultad alguna ni hicimos observaciones á los precios que nos fijó, comprendió seguramente que éramos gente con quien podía tratar y entusiasmado trabó conversación con nosotros, de la que resultó que los Dres. Altamirano y Govantes serían sus compadres, pues en aquellos momentos iba á soltar el agua á una fuente que acababa de construir en medio de la placita; todos nos dirigimos al centro de ella y rodeamos á la fuente, esperando que los padrinos soltaran el agua y pronunciaran el nombre que debería llevar aquella; entonces el Dr. Altamirano hizo señales de que iba á hablar, á lo que todos permanecemos silenciosos, y dijo: El nombre de esta fuente será «María Josefina,» y al pronunciar aquellos nombres una nutrida salva de aplausos resonó, mientras el agua libre ya para salir, brotaba del centro de la fuente en grueso chorro que brillaba agradablemente con los rayos del sol; grande fué el júbilo en aquellos momentos, las campanas repicaban á vuelo, tres ó cuatro hombres echaban al aire atronadores cohetes, algunos gritaban vivas, y el entusiasmo llegó á tal grado, que no contentos con aquel bullicio, sacó el Sr. García las escopetas y disparó algunos tiros al aire.

Motivos en todos y muy justos había para que nos regocijáramos así, pues mientras los moradores del pueblo se sentían honrados con que personas que iban de la capital enlazaran con ellos su amistad, nosotros los excursionistas dábamos muestras de satisfacción por el nombre dado á la fuente, pues así quedaba indeleble la memoria de las Sritas. María y Josefina, que fueron para nosotros el alma de la expedición, pues con su figura simpática, su agradable conversación y sus modales sencillos y honestos, inspiraron en todos nosotros sentimientos de profundo cariño y respeto.